

DIEGO FISCHER

**CUANDO
TODO PASE**



DIEGO FISCHER
CUANDO
TODO PASE



© Diego Fischer, 2020
© Editorial Planeta, S.A., 2020
© De esta edición, Editorial Planeta, S.A., 2022
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Obra editada en colaboración con Editorial Planeta-Uruguay
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2022

Depósito legal: B. 9.207-2022
ISBN: 978-84-670-6552-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Diseño de Cubierta: Planeta Arte & Diseño
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

EL VIAJE

Daniel Cibils nunca imaginó cómo cambiaría su vida en tan poco tiempo y jamás soñó que sería testigo del horror y del dolor de la guerra.

Aquel mediodía de setiembre de 1930, cuando la potente sirena del *Giulio Cesare* se oyó en el puerto de Montevideo y se expandió como un eco por la Ciudad Vieja, anunciando su partida rumbo a Barcelona, Daniel sintió tristeza y angustia. Tenía catorce años y hacía seis de la última vez que se había subido a un barco. Entonces él, sus cinco hermanos y su madre regresaban de Buenos Aires en el Vapor de la Carrera, pocos días después de haber enterrado a su padre, muerto a los cuarenta y cuatro años de una fulminante pulmonía.

Si bien el motivo que lo llevaba ahora a España, en primera clase y en uno de los transatlánticos más lujosos del mundo, era muy diferente, se le hacía inevitable asociar esta partida con aquel viaje.

El regreso a Montevideo significó para Daniel el ingreso abrupto al mundo de los adultos. Una infancia

truncada por el dolor y una familia destruida por una jugada del destino. Era uno de los seis hijos de Norberto Cibils Larravide y de Helena Salvañach, ambos orientales de abolengo y con parientes en las dos márgenes del Río de la Plata. Todos los hijos nacieron en Argentina. El matrimonio se había radicado en Buenos Aires en 1910, cuando Norberto fue designado gerente general del Banco Provincia, uno de los más antiguos e importantes de la vecina orilla.

La muerte no había estado en la mente de Daniel. ¿Acaso lo está en los pensamientos de un niño de ocho años, querido y rodeado del cariño de sus padres y hermanos? Sin embargo, desde que tuvo que enfrentarse al cadáver amortajado de su padre expuesto en la cama matrimonial, supo de qué se trataba.

Nunca se olvidaría de la habitación en penumbras sobre cuyas paredes se proyectaba la sombra de dos grandes cirios encendidos y en la que solo se oían el llanto descorazonado de su madre y el sollozo de sus hermanos mayores, arremolinados en torno a ella.

El recuerdo de esa conmovedora escena lo acompañó mucho, mucho tiempo. Y jamás olvidó su propio llanto, que estalló cuando una de sus tías lo tomó de la mano y lo acercó a la cama para que besara la frente helada y lívida del cadáver de su padre.

Diez años más tarde, al vivir en el infierno de la España de la década de 1930, comprendería que la noche

en que conoció a la muerte había sido una prueba a la que la Providencia lo sometió para preparar su espíritu. En los años por venir sabría de muchas muertes violentas, cruentas y sin sentido, como suelen ser las muertes de la guerra.

Viajar en el *Giulio Cesare* en primera clase era un privilegio del que solo podía gozar un selecto y adinerado grupo de personas. Un lujo que se daban reyes, jefes de Estado, matrimonios de fortuna, hombres de grandes negocios y diplomáticos de máxima jerarquía.

Su presencia se imponía en todos los puertos. Con casi dos calles de largo, estaba dotado con la más moderna tecnología de la época. Tenía capacidad para transportar dos mil cien pasajeros, trescientos en primera clase, cuatrocientos en segunda y mil cuatrocientos en tercera.

La primera clase parecía una prolongación de los hoteles más lujosos de Europa. Contaba con un comedor descomunal, donde a la hora de la cena las mujeres hacían alarde de su elegancia y los hombres las acompañaban de rigurosa etiqueta. Las cenas eran banquetes preparados por chefs franceses en los que abundaba la mejor variedad de vinos y bebidas. Tal programa exigía a las mujeres hacerse confeccionar un vestuario especial y a los hombres poner en su equipaje una media docena de trajes, una docena de camisas y corbatas y, al menos, un frac y un *smoking*. La regla no escrita del *Giulio Cesare* era no repetir jamás la vestimenta. Si el pasaje de por sí era dispendioso,

no menos costosos resultaban los atuendos que había que llevar.

Los perfumes franceses flotaban en las galerías y en los salones más pequeños que se sucedían hasta el comedor. En la cubierta las fragancias también competían con el olor del mar; allí una gran piscina rodeada de tumbonas y presidida por un bar congregaba a los pasajeros cuando el clima lo permitía.

Las noches terminaban a toda orquesta en el salón de baile. Eran tiempos en que el tango hacía furor, y al ritmo de *El choclo* o *La cumparsita* se armaban verdaderas competencias entre parejas uruguayas y argentinas. El final de la fiesta lo marcaban los temas musicales que Fred Astaire y Ginger Rogers comenzaban a hacer célebres.

Los camarotes nada tenían que envidiarles a las mejores *suites* del Ritz de París o de Madrid. Cruzar el Atlántico en la primera clase del *Giulio Cesare* era internarse durante quince días en un mundo de lujo, sofisticación y —para algunos— ostentación.

*

—¿Interrumpo tu meditación? —le dijo Daniel Castellanos a su sobrino al verlo con los brazos apoyados en la barandilla de la cubierta y los ojos perdidos en el horizonte.

—No, tío, solo miraba —respondió el muchacho e intentó aquietar su melena rubia que el viento alborotaba.

Castellanos lo abrazó. El sobrino ya lo había alcanzado en altura y para el viaje se había puesto pantalones largos por primera vez. Estrenaba un traje gris a medida confeccionado por Roberto Giliotti, el sastre más famoso de Montevideo. Con paternal cariño le preguntó:

—¿Te cuesta dejar Montevideo?

—Me cuesta alejarme de mis hermanos y de mi madre —contestó con ojos llorosos.

Castellanos le apretó fuerte el hombro con la mano derecha.

—Vamos, sobrino, no aflojes ahora. Lo que te espera es lo mejor para tu futuro. Tu madre no puede darte la educación que te merecés. Vas a estudiar en el Colegio Alfonso XII, el más prestigioso de España.

—Lo sé, tío. Y no tengo palabras para agradecerles a vos y a la tía Mercedes lo que han hecho siempre por mí.

—¡Sos nuestro sobrino y ahijado! ¿Acaso no te enteraste todavía de por qué te llamás Daniel?

Los dos largaron la carcajada.

—Ahora vamos a los camarotes a cambiarnos, antes de que tu tía nos mande buscar por el capitán para la cena. ¡Y a disfrutar! No todos tienen la suerte de viajar a Europa, y menos en un barco como este.

SERÁ PARA UNA OCASIÓN ESPECIAL

—Cristina, ¿te parece que este color me va? —preguntó Consuelo mientras extendía sobre su hombro una tela estampada que le llegaba hasta la falda.

—Pero ¡qué bonita es! —exclamó Cristina—. De las cuatro que has elegido es la que mejor te va.

—Pues sí, señorita, coincido con su amiga; las tres que ha separado son hermosas, pero esa le queda pintada.

Sederías Carretas se había instalado en Madrid hacía apenas dos años. Ocupaba el sitio de un antiguo café en la calle Carretas y se había puesto de moda en los últimos tiempos. No solo ofrecía la mejor selección en novedades de lanas y sedas de todos los colores, texturas y diseños, sino que había sorprendido con sus precios.

Pero su verdadero encanto radicaba en que los dueños la habían dado a conocer con una propuesta diferente. Sus anuncios atrapaban a la clientela y repetían esta frase en diarios y figurines: «La fina sensibilidad madrileña ha

sabido percibir todo lo que hay de nuevo y peculiar en Sederías Carretas». Ofrecía un servicio personalizado y selecto, con lo que inició una modalidad diferente de atención. La clientela valoraba la honestidad a la hora de cobrar y la forma de ponerse en el lugar del comprador.

—¿Y usted cree que se llevarán estos colores esta temporada? —preguntó Consuelo al dependiente mientras movía de un lado a otro la tela junto a su cuerpo frente a un gran espejo, a pasos del mostrador.

La tienda bullía de clientas y por momentos Consuelo debía levantar la voz para que el comerciante le entendiera lo que le preguntaba. Otro tanto hacía el hombre, que conocía al dedillo su trabajo y sabía cómo convencer a una mujer de que una tela le iba bien.

—Señorita, el verde oscuro y el azul son los colores más clásicos que existen, y es organza. Seguirán pasando las temporadas, las modistas, los vendedores de géneros y continuará de moda.

—¿Y cuántos metros me aconseja que lleve?

—Pienso que con tres es más que suficiente. Es doble ancho.

—Cristina, ¿tú crees que doña Chiquita me podrá hacer el vestido para la boda de Marisol?

—Faltan varios meses; si se lo entregas ya, creo que sí.

—Entonces, señorita, ¿se lleva usted las cuatro telas?

Consuelo miró con picardía a su amiga y dijo:

—Es que me saldrá muy caro.

—No crea, ¿sabe usted que estamos de rebajas? Déjeme ver, por favor. Espéreme un momento.

El hombre se fue hasta la caja. Cristina se acercó a su amiga y le comentó:

—No te olvides de que tendrás que comprarte zapatos también.

—Creo que me gastaré todo el salario hoy... —Y lanzó una carcajada.

—¿Te llevarás las cuatro telas?

—Dos son para Dolores, aunque no hay forma de que se encargue un vestido... Todo lo que le regalan se lo entrega a las monjas. Ya veré cómo me las ingenio para que se haga un par de trajes y los use.

—Señorita, son tres pesetas en total —dijo el hombre al regresar de la caja.

—¿Cuánto? —preguntó Consuelo sorprendida.

—Tres pesetas. El corte último, que tanto le gusta, es un obsequio de la casa. Y los otros tienen un diez por ciento de rebaja.

—¿En serio?

—Sí, Sederías Carretas le obsequia la tela del vestido para la boda de su amiga. Y con las otras tres su guardarropa quedará muy bien provisto para toda la temporada otoño-invierno.

—Vaya, qué gentileza. Pero usted no es madrileño...

—Pues lo soy. *Indianos* nos llaman. Sucede que hace treinta años con mi hermano nos marchamos a Cuba,

donde aprendimos el oficio de las telas y modernas técnicas de comercio. Nos fue muy bien y hemos vuelto a España. Aunque, como sigan así las cosas, no sé cuánto nos quedaremos.

—Yo soy uruguaya —comentó Consuelo con orgullo.

—Pero usted no tiene acento del Río de la Plata.

—Es que me vine a Madrid de pequeñita. Pero nací en Montevideo y me encanta el tango.

—Yo prefiero la rumba cubana. El tango es muy triste. Siempre hay uno al que lo dejó la novia, o quedó en la ruina, o se jugó todo en los caballos... En cambio, la rumba es todo alegría...

—Usted porque no escuchó a Carlos Gardel —comentó seria.

Antes de que aquello terminara en una discusión y el tendero se arrepintiera del descuento, Cristina intervino:

—Vamos, Consuelo, que aún tienes que comprar los zapatos y yo quiero ir a por el anís con pastas que me prometiste en El Riojano.

—Vale. Pagamos y nos marchamos.

Antes de retirarse con las cuatro piezas de tela, Consuelo se acercó al dueño de la tienda y le dijo:

—Le recomiendo que escuche más a menudo a Gardel y que vaya al cinematógrafo. Pronto estrenan una película sonora, *Luces de Buenos Aires*.

Casi a rastras, Cristina se llevó a Consuelo de la Sedería Carretas. Ya afuera, las dos se tentaron y no podían parar de reírse.

—¿Tú estás chalada?

—No, el chalado es ese hombre. ¿Cómo me va a decir a mí que no le gusta el tango? Y que no escucha a Gardel, ¡con la voz que tiene y lo guapo que es!

—Consuelo, que no son comentarios para una señorita y menos para hacerlos en la calle.

—Vaya, no he dicho nada malo.

Consuelo y Cristina habían sido compañeras de colegio en las Escolapias de Carabanchel. Se conocían desde los ocho años y desde siempre se complementaron muy bien. Consuelo era inquieta, ocurrente y —a veces— algo desfachatada. Cristina era serena y siempre muy prudente. Las dos eran solteras aún.

—¿La semana que viene me acompañas a ver *Luces de Buenos Aires*?

—Mira...

—¿Qué cosa?

—En ese escaparate. Esos zapatos negros de tacón.

—¿Cuáles?

—Esos de la hebilla, que están a la derecha junto al bolso que les hace juego. Vamos, entremos; te los pruebas y te los compras. Irán muy bien con el vestido.

*

Casi una hora le llevó a Consuelo decidirse por los zapatos. Luego de haberse probado media zapatería, terminó

comprando los que Cristina le había señalado antes de entrar. Cuando salieron del local Cristina echaba chispas.

—¡Que no se puede contigo, mujer! ¡Que pareces una chiquilla y ya tienes treinta y dos años!

—No es para tanto. Solo me probé algunos pares. Era tan amable el vendedor...

De pronto las dos mujeres enmudecieron.

Se acercaron y se agarraron del brazo. Fue una reacción instintiva. Una sujetaba a la otra con fuerza.

A menos de veinte metros avanzaba un grupo de seis hombres mal encarados en una actitud muy extraña. Iban a paso redoblado detrás de dos seminaristas muy jóvenes. Parecían esconder algo entre sus gabardinas.

Otros peatones como Consuelo y Cristina quedaron también paralizados. Fueron dos minutos, tal vez menos, hasta que los perdieron de vista.

—¿Serán esos los milicianos de que tanto hablan? —inquirió Cristina. Aún le temblaban las piernas.

—No lo sé, pero me dio escalofrío.

—Volvamos.

—No, vayamos a tomar el anís y las pastas que te prometí. No vaya a ser que luego no quieras salir más de compras conmigo porque no cumplo mi palabra.

Era setiembre de 1930. El verano se despedía de España. La noche empezaba a caer sobre Madrid. Solo Dios sabía qué depararían el otoño y el invierno entrantes.